



# Mateo y Román y la góndola misteriosa

A EC

Carmen García Iglesias

algar

# Góndolas y gondoleros

Aquella mañana Camaleonetto colocó su caballete frente a uno de los palacios del Gran Canal como había hecho tantas veces en los últimos años. Se disponía a pintar una de sus famosas vistas de Venecia que tanto gustaban a los turistas cuando de repente le vino a la memoria algo que le inquietaba desde hacía días y no sabía muy bien qué era. Al mirar una vez más al canal, se dio cuenta: las góndolas estaban desapareciendo.

El Gran Canal es como un río que atraviesa Venecia, está bordeado de palacios y continuamente cruzado por embarcaciones de diferentes tipos: *vapo-*

*retti* que transportan a los pasajeros por toda la ciudad, *motoscafi*, que funcionan como taxis, y, por supuesto, las elegantes góndolas. Camaleonetto solía adornar sus cuadros con la figura de las góndolas flotando en el agua, pero últimamente cada vez que se ponía a pintarlas parecía haber menos.

Al principio no lo notó; después pensó que quizás estaban todas recorriendo los canales, pero al final comprendió que em-



pezaban a escasear. Había oído comentar algo a los gondoleros pero no había prestado atención hasta que esa mañana se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Cuando acabó de pintar, se dirigió a su casa y en el camino encontró a un grupo de gondoleros que hablaban entre ellos. Decidió preguntarles y la respuesta no pudo ser más preocupante:



—¡Tiene usted razón! —dijo uno de los gondoleros que parecía ser el mayor de todos— cada día faltan más: una noche, una; otro día, tres, y así no podemos seguir, se lo aseguro. Incluso estamos pensando en hacer guardias por la noche para vigilar, pero a veces desaparecen a plena luz del día. Nunca se sabe. Ese de ahí, Alvise, se fue a comer y a la vuelta ya no estaba su góndola.

Camaleonetto compró un trozo de *pizza* por el camino mientras iba pensando en la conversación con los gondoleros.

Pronto empezaría el carnaval, la ciudad se llenaría aún más de turistas: ¡el momento perfecto para vender sus cuadros!... Y para pasear en góndola, pero ¿en qué góndolas?

Entonces se acordó de sus amigos detectives. Quizá no tuvieran demasiado trabajo en ese momento y estuvieran interesados en investigar el caso. Podían



alojarse en su casa y ayudar a los gondoleros a resolver el misterio.

Aquel mismo día les envió un correo electrónico:

“Mis queridos Mateo y Román: Venecia os necesita. Las góndolas están desapareciendo, los gondoleros se desesperan y el carnaval está a punto de comenzar. ¿Es suficiente motivo para que vengáis?”.

Dio a la tecla de envío y la respuesta no se hizo esperar:

“¡Síii! ¡Vamos para allá!”.

# Mateo y Román

Nada más recibir el correo que nos había enviado nuestro amigo Camaleonetto nos pusimos en marcha. No lo dudamos ni un minuto. Por fin teníamos otra oportunidad de viajar porque, desde que estuvimos en Tokio resolviendo el caso del *wasabi*, no habíamos salido de la ciudad más que para hacer alguna excursión con el grupo camaleonístico de montaña... y no era lo mismo.

Terminamos nuestro trabajo en la agencia de detectives, hicimos las reservas de avión y fuimos a preparar el equipaje.

—¡No está mal trabajar en Venecia!, ¿eh? —dijo Mateo con una sonrisa de ojo a ojo.





—Sí, y además durante el carnaval. Por cierto, ¿no crees que deberíamos llevar algún disfraz? —pregunté.

—¿Te parece poco disfraz cambiar de color? Con eso y alguna máscara que compremos allí, será suficiente —respondió Mateo haciendo una auténtica demostración de todo el colorido que era capaz de exhibir.

Cuando subimos la escalerilla del avión no sabíamos que el carnaval nos iba a complicar aún más la resolución del caso.